

La batalla de la memoria

JOSEBA ARREGI

¿Por qué ese empeño en unir en la celebración de un mismo día a todas las víctimas si están separadas por la intención que las hizo víctimas?

No va a quedar otra que dar la batalla de la memoria si no queremos que el fin de ETA se convierta en la prolongación de ETA por otros medios. Ayer era el Día de la Memoria, y como pasa con casi todo en la sociedad vasca, en Euskadi, la división impidió la celebración unitaria, pues no hay nada en lo que los ciudadanos vascos puedan estar unidos. La división como señal de la identidad vasca, de la cultura vasca, como testimonio de la incapacidad de los vascos para la política, que, como decía Aristóteles, es unión, es acuerdo, es superación del individualismo para acometer la gestión de la cosa pública de forma mancomunada.

Un día de la memoria para memorias distintas, una día de la memoria para acallar una memoria con la excusa de otra memoria que no niega nadie, pero que a algunos les sirve para anular el significado de la otra, para quitarle el aguijón, su sentido crítico. La memoria de las víctimas asesinadas por ETA no debe significar nada, de esa memoria no se puede extraer ninguna consecuencia política. Por eso debe adjuntarse a esa memoria la otra memoria, la de las muertes causadas por el franquismo, los muertos cuando manipulaban bombas, los muertos en encontronazos con las fuerzas de seguridad, los muertos por enfermedad en las cárceles, o familiares muertos en accidente camino de las cárceles: el mero hecho de la amalgama al contar estas víctimas, la falta de propiedad del término mismo de víctimas para referirse a ellas pone de manifiesto que la función de esa memoria no es la de recordar y extraer consecuencias críticas de ella, sino la de acallar y anular el significado político de las víctimas de ETA.

Es curioso que en una sociedad en la que somos incapaces de ponernos de acuerdo en nada, en la que hemos sido incapaces de aceptar el único acuerdo político que nos ha constituido por una vez en sujeto político unificado, un acuerdo que no se sustenta en ninguna identidad, sino en nuestra condición política de ciudadanos, el Estatuto de Gernika, pretendamos ponernos de acuerdo y estar unidos en la celebración del Día de la Memoria, pretendiendo que esa celebración incluya a todo tipo de víctimas, aunque implique una extensión debilitadora y anuladora del mismo término víctima.

Como si el no recordar a la vez a todas las víctimas, y vuelvo a hacer la salvedad de lo inapropiado del uso de víctima en algunos casos, llevara indefectiblemente a negar la existencia de unas u otras, a olvidarnos necesariamente de alguna

las, al causarles la muerte. Una diferencia que no podemos olvidar, que no debemos olvidar si queremos construir nuestro futuro en libertad. ¿Por qué ese empeño en unir las en la celebración de un mismo día si están separadas por la intención que las hizo víctimas, aunque el sufrimiento sea igual?

Miremos más allá de nuestras fronteras. Creo que parlamentarios vascos han visitado otros países para ver cómo han gestionado la memoria de las víctimas de atrocidades históricas. Tomemos el ejemplo de Alemania: existen las víctimas de los campos de concentración, de los campos de exterminio, existen las víctimas específicas judías –la mitad de ellas no murieron en campos de exterminio, Timothy Snyder, *Bloodlands*–, pero existen también las víctimas alemanas expulsadas de sus territorios de origen donde habitaban desde hacía varios siglos, entre cuatro y cinco millones de muertos en esa expulsión, están las víctimas del terror de la banda Baader-Meinhof y de la RAF. Y a nadie se le ha ocurrido juntarlas a todas ellas en un mismo día de la memoria, otorgarles el mismo lugar de la memoria, incluirlas en el mismo museo de la memoria. Las víctimas judías tienen su lugar de memoria, tienen su museo, tienen su día. Las víctimas alemanas de las expulsiones tienen su museo y celebran su día. Todas

son recordadas. La existencia de distintos días, de distintos lugares de memoria no significa que la sociedad alemana pretenda olvidar ninguna de ellas. Pero la sociedad alemana sabe que no todas significan lo mismo, aunque estén unidas en el mismo sufrimiento.

Hay una memoria colectiva que las une a todas, sin embargo: es la Constitución alemana en la que cristaliza institucionalmente la memoria de que Alemania, para ser, deberá ser democrática, federal, de

mercado social y sin pretensiones territoriales, aceptando el veredicto de la derrota. En esta unidad de memoria colectiva pueden estar diferenciadas las distintas memorias sin que esa diferencia signifique olvido para ninguna de ellas.

Como los vascos somos incapaces de definirnos como unidad política –eso sería el Estatuto de Gernika–, como los nacionalistas no son capaces de entender la unidad de los vascos desde el concepto político de ciudadanía, sino solo desde el concepto étnico-cultural de la identidad, con la consecuencia de una unidad que provoca necesariamente división, entonces es necesario que la unidad se pretenda en cualquier otra cosa que no sea lo fundamental de la política, el texto fundacional. Por eso son necesarios gobiernos de coalición regionalista, separatista, nacionalista, por eso solo



:: JOSÉ IBARROLA